

no respetaron el país de los helvecios ni el de los secuanos; los chocos penetraron en Bélgica. Aquella invasión fué rechazada por el legado Didio Juliano, el futuro emperador, el triste y efímero sucesor de Pertinax, conocido en aquel entonces como administrador hábil



Marco Aurelio y Cómodo  
(Medallón de bronce del Gabinete de Francia.)

y vigoroso general (174). Más grave fué el peligro que surgió con los alamanos y los francos; los primeros entran en escena en tiempo de Caracalla, en 213, en el momento en que la nación de los godos aparece en el otro extremo de Europa; de los segundos hácese mención treinta y ocho años después, en 241, durante el reinado de Gordiano.

Extendíanse los francos en la orilla derecha del Rhin, desde el mar del Norte hasta las inmediaciones de Maguncia; los alamanos ocupaban el espacio comprendido entre el Main y los Alpes. Las noticias que acerca del origen y de la naturaleza de ambos grupos poseemos son en extremo inciertas: ninguno de los dos representaba un pueblo nuevo ni una federación de pueblos; eran, según todas las probabilidades, dos asociaciones guerreras que, andando el tiempo, se convirtieron en dos individualidades étnicas. En una sociedad regular, un fenómeno de esta índole sería incomprensible, pero una costumbre que nos refiere Tácito en su *Germania* nos permite darnos cuenta de él. Cuando un hombre se distinguía por su nobleza, por su ambición, por su valor, agrupaba á su alrededor, atrayéndolos con el cebo de la guerra y del botín y encadenándolos por la fe del juramento, á todos cuantos aventureros había en su pueblo y en los pueblos vecinos, separándolos de su patria y haciendo de ellos sus fieles, sus «compañeros.» Estas cofradías militares establecidas fuera de las ciudades y á manera de defensa de éstas podían, en caso necesario,

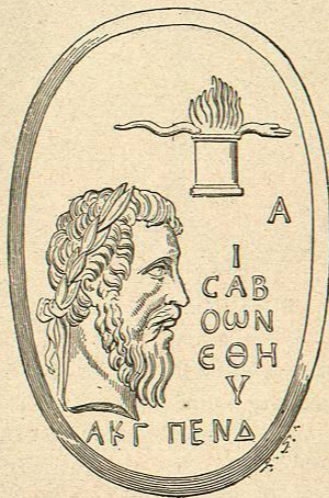


Pertinax y Didio Juliano. (Grandes bronce.)

extenderse por un tiempo más ó menos largo, agregándose unas á otras. Ariovisto, con su ejército compuesto de extraños elementos, es el tipo de uno de esos caudillos. En una época en que los instintos bélicos de la raza estaban más que nunca excitados, era natural que

tales costumbres prevalecieran, y así se explican no sólo el nombre de alamanos, que quiere decir «gentes de toda procedencia,» sino que también el de francos, que no es más que un epíteto alusivo, bien á sus correrías vagabundas (*warg, wrang*), bien á su valor (*frak*, valiente).

Los alamanos y los francos no eran por sí mismos muy temibles, pues nunca resistieron á tropas bien mandadas y en número suficiente; pero el ejército romano, minado por la indisciplina y sin cesar distraído de la guerra extranjera por la guerra civil, hallábase además comprometido por su debilidad numérica. Nunca había tenido sino los efectivos estrictamente necesarios, pues siempre los emperadores se habían ingeniado para aliviar las cargas que la milicia imponía al tesoro, y en esta ocasión resultaba muy inferior á lo que exigían las circunstancias. El ejército germánico, después de haber visto sucesivamente reducidas á cuatro las ocho legiones de que antes se compusiera, sólo constaba de veinte mil combatientes con algunos millares de auxiliares, y con este contingente tenía que cubrir una línea de seiscientos kilómetros por lo menos. Y si bien es verdad que podía ser reforzado por otros cuerpos, y



Pescenio Niger. (Piedra grabada sobre jaspe rojo.)

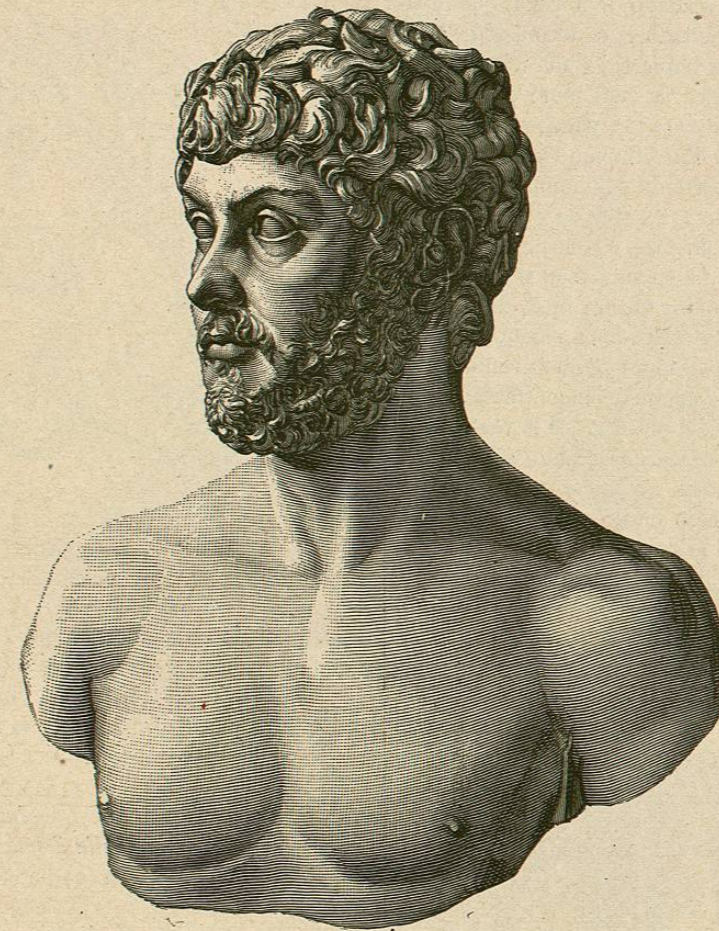
con esto hábase ya contado en efecto, el doble enemigo que había surgido á orillas del Danubio y del Eufrates hacía en extremo aleatorio este recurso. Con sobrada frecuencia fué el ejército del Rhin, ya tan mermado, el que hubo de reponer las bajas causadas, así por los persas como por los godos.

Por otra parte, los ejércitos movíanse con mayor dificultad que en otro tiempo: á medida que prevalecía el principio del reclutamiento local, volvíanse más sedentarios, menos aptos para cambiar de país; y en la comarca misma en donde estaban acantonados hallábanse embarazados por la masa de los *impedimenta*. Por último, estaban mal surtidos de caballos. En una frontera tan extensa, con tropas tan poco numerosas y que no suplían la falta de número con su movilidad, un enemigo osado, vigilante y que operara en pequeñas partidas reunía no pocas ventajas, puesto que se esquivaba por la rapidez de sus marchas, se deslizaba al través de la malla de las legiones, y una vez salvada esta barrera, sólo tenía delante de sí ciudades abiertas, poblaciones pacíficas sin fuerza organizada, sin hábitos

guerreros, sin iniciativa. De este modo fueron posibles las incursiones que con intervalos más ó menos cortos habían de devastar la Galia hasta el fin de la dominación romana.

El primer ataque de los alamanos fué rechazado en 213 por Caracalla (211-217). No existe entre Septimio Severo y su sucesor el mismo contraste monstruoso que entre un Marco Aurelio y un Cómodo, sino que en el hijo encontramos el mismo tipo paterno, aun-

Alejandro Severo (222-235) no parece haber sido muy simpático á los galos: su origen sirio y su predilección por las religiones orientales no eran muy á propósito para conquistarle el favor del mundo latino. Decíase de él que intentaba trasladar á Oriente la capital del Imperio, lo cual implicaba como una aprensión vaga que ya se había visto apuntar en tiempo de Augusto y que á la larga el porvenir había de justificar; pero lo que sí es evidente es que era muy impopular en



Clodio Albino. (Busto del Museo del Capitolio.)

que embastecido y degenerado. Caracalla tenía de su padre la violencia de carácter que estalló en pasiones brutales y en actos atroces; había heredado también sus aficiones militares y, hasta cierto punto, su talento de administrador y general; el oro que después de sus victorias sembró entre sus enemigos, mantuvo la división entre los vencidos y le conquistó aliados y soldados en las filas de éstos; viósele rodeado de soldados germanos que le servían de guardias de corps y á quienes llamaba sus leones; y cometió, según su biógrafo refiere, innumerables atentados contra las ciudades y las personas de la Galia. Pero, en cambio, restableció la seguridad en la frontera por un período de veinte años, y sabido es que de los galos tomó, imponiéndolo á las personas que le rodeaban, el traje que dió origen al apodo con que es conocido en la historia (1).

el ejército galo-romano. Habiendo reanudado los alamanos sus incursiones, Alejandro Severo acudió desde el fondo del Asia, en 234, llevando consigo contingentes sacados de aquellas regiones. No tardó en surgir la discordia entre estas tropas y las del Rhin, viéndose el emperador acusado de parcialidad hacia sus compatriotas. A estas añádiéronse pronto otras censuras: insinuábase que era más aficionado á las negociaciones que á las armas, y echábanle en cara su aire de filósofo místico, lo cual no impedía que se quejara de sus exigencias, de su severidad en el servicio. Fué asesinado en los alrededores de Maguncia en marzo del año 235: había querido la restauración del poder civil y en castigo de ello moría, él también, á manos de sus soldados.

Los rebeldes habían proclamado emperador á Maximino, quien, así por sus defectos como por sus cualidades, era á propósito para gustar á aquel ejército más

(1) Acerca de la *caracalla*, véase libro II, cap. I, párrafo 1.

que semibárbaro. Bárbaro de nacimiento, habíase elevado, por la fuerza de sus puños, desde las últimas filas hasta la cumbre de la jerarquía; era una especie de gigante, de aspecto terrible, de carácter violento y jovial, pero al mismo tiempo militar entendido que supo realizar brillantemente la campaña proyectada por su predecesor, atravesando, movido por una especie de furia, el territorio de los alamanos y pasando de allí á los territorios danubianos en donde cayó sobre los dacios y los sármatas (235).

La elevación de aquel soldado de fortuna, que ni siquiera se dignó pedir al Senado la confirmación del título recogido en el motín, había sido una afrenta para aquella alta asamblea, la cual tomó el desquite aclamando á Gordiano (238), y muerto éste, dividiendo el poder supremo entre Pupiano y Balbino. Al tener la noticia de la muerte de Maximino, asesinado por sus soldados (junio de 238), creyóse el Senado victorioso; pero al cabo de un mes, los dos emperadores por él elegidos sucumbían á su vez á manos de los pretorianos. El sucesor de ambos fué un nieto de Gordiano, á quien se habían visto obligados á reconocer como heredero inmediatamente después de su advenimiento. El joven soberano tuvo la suerte de encontrar un excelente guía en su prefecto del pretorio y á la vez suegro, Timisiteo, y su reinado (238-244) señaló, sobre todo durante los dos últimos años, un paréntesis en las calamidades públicas. Timisiteo murió en 243, y un año después, en una expedición contra los persas, sublevóse el ejército contra Gordiano siguiendo las instigaciones del nuevo prefecto Filipo, un bárbaro de Oriente, un árabe, que revistió la púrpura imperial por espacio de cinco años (244-249). Las legiones del Danubio diéronle por sucesor á su general Decio, teniendo para



Septimio Severo y sus dos hijos Caracalla y Geta.  
(Camafeo del Gabinete de Francia.)

251 ello en cuenta algunas victorias obtenidas por éste sobre los godos; pero en 251 perdió una batalla y en ella la vida, debiéndose su derrota á la traición del gobernador de la Mesia, Treboniano Galo, el cual se hizo proclamar en seguida emperador (251-253). En 253 fué derribado por Emiliano, á quien había designado para que le reemplazara en su provincia. Emiliano, vencedor de Treboniano en la batalla de Terni, pereció á

su vez á manos de sus soldados, que estaban indignados contra él por sus demostraciones de afecto al Senado y que enviaron su cabeza á Valeriano. Este, que había sido mandado por Treboniano al otro lado de los Alpes para traer en su ayuda las legiones de Germania, no había esperado el desenlace de la lucha para descubrir sus propias ambiciones. Aclamado por las tropas de la Recia, había tomado también parte en la refriega, como



Caracalla. (Amatista del Gabinete de Francia.)

tercero en discordia, cuando supo la desaparición casi simultánea de sus dos adversarios (agosto de 253). Nos encontramos decididamente en el período de la anarquía militar y nos aproximamos al momento en que va á iniciarse la desmembración del Imperio.

II.—La anarquía militar. La Galia separada del Imperio (253-273). La Galia después del restablecimiento de la unidad romana (273-285) (1).

¿Qué ocurría en la Galia mientras se desarrollaban estas tragedias? ¿A cuál de los competidores prefería? Difícil es darse cuenta de ello. Probablemente la restauración senatorial obtuvo el aplauso de los mismos que cuarenta años antes habíanse mostrado favorables á Albino; los dos emperadores que la personificaban más por completo eran conocidos de los galos: Balbino

(1) FUENTES.—Véase párrafo I y además: *Panegyrici latini*, números IV y V de la edición Bacherens, *Eumenii oratio pro restaurandis scolis et Panegyricus Constantio Cesari*.—Las fuentes literarias, en extremo deficientes, deben completarse: 1.º, con las inscripciones (*Corpus inscript. latin.*, XII, XIII, II, VII,); 2.º, con las monedas que sus poseedores escondieron, tanto más, cuanto mayor era la inseguridad pública. (Véase más abajo, Blanchet). Por lo que á esta época se refiere, es sumamente difícil desentrañar los detalles, la sucesión y hasta el carácter de los acontecimientos.

OBRAS DE CONSULTA.—De Boze, *Histoire de l'Empereur Tetricus*, «Memoires de l'Académie des inscriptions», 1759. Brequigny, *Histoire de Postume, Empereur dans les Gaules*, idem, 1764. Düntzer, *Postumus Victorinus und Tetricus*, 1867. Berhardt, *Geschichte Roms von Valerian bis zu Diocletians Tode*, 1867. Zevort, *De gallicanis imperatoribus*, 1880. Erman, *Marius und Victorinus*, «Zeitschrift für Numismatik», 1880. Harold de Fontenay, *Autun et ses monuments*, con un resumen histórico por

había administrado una de sus provincias, ignoramos cuál, y Pupiano había sido procónsul de la Narbonense y posteriormente legado de una de las provincias germánicas. Con este último carácter había logrado éxitos que le habían valido cierta popularidad en el ejército del Rhin y bajo sus banderas habíanse alistado auxiliares germanos para combatir contra Maximino, si bien es cierto que otros auxiliares de la misma nacionalidad prestaban servicio en el campo contrario. También Ti-

Aquitania, una de las más elevadas, la más elevada sin duda de la jerarquía (1). Su patronazgo influyó tal vez algo en las simpatías que los galos demostraron al joven Gordiano, si hemos de juzgar por el número, proporcionalmente considerable, de monumentos que consagraron á ese príncipe y sobre todo por el sacrificio taurobólico ofrecido en su honor por la ciudad de Lectoure.

Las victorias de Maximino no habían restablecido la paz en el Rhin, antes al contrario, los generales roma-



Maximino. (Museo del Louvre.)

misiteo había dejado recuerdos en la Galia: una inscripción de Lyon nos dice que había ejercido diversas funciones en aquel país, primeramente y con carácter de interino las de procurador del patrimonio, es decir, de los bienes de la corona, en Bélgica y en las dos Germanias, é interinamente asimismo las de gobernador de la Germania inferior, y posteriormente, después de un corto intervalo, la procuratela de la Lyonense y de la

253 nos veíanse obligados á librar incesantes combates. En aquella lucha distinguióse Aureliano, el futuro emperador, tribuno entonces de la sexta legión, cuyo biógrafo nos ha transmitido la canción que los soldados compusieron para celebrar sus hazañas contra los francos, de quienes se habla entonces por primera vez: «Hemos matado de una sola vez mil francos y mil sármatas, y ahora buscamos mil, mil, mil, mil, mil persas.» La brillante campaña de 253 no había sido, sin embargo, estéril del todo; pues si bien la Galia no se hallaba al abrigo de incursiones, si en su existencia constituía un fenómeno cada vez más normal la aparición de los exploradores germanos, por lo menos las partidas que invadían su territorio, penetrando á veces hasta muy adentro del mismo, eran poco numerosas y muy pronto exterminadas. Y la prueba de que reinaba allí una seguridad relativa está en que no se tuvo reparo alguno en

Anatolio de Charmasse, 1889. T. Reinach, *Le premier siège entrepris par les Francs*, «Revue historique», 1890. Mowat, *Les ateliers monétaires impériaux en Gaule*, «Revue numismatique», 1895. Jullian, *Si il y a des influences celtiques dans l'Empire des Gaules au III siècle*, «Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions», 24 julio 1896. Blanchet, *Les trésors de monnaies romaines et les invasions germaniques en Gaule*, 1900. Roger, *Fragments d'histoire, Fragments sur l'histoire de Postumus*, Roger et Chernovitz, París. Por lo que se refiere á las monedas: Eckhel, *Doctrina numorum veterum*, VII, 1797. De Witte, *Recherches sur les empereurs qui ont régné dans les Gaules au III siècle de l'ère chrétienne*, 1868, y las revistas de numismática.

(1) *Corpus inscript. latin.*, XIII, 1807.